

## azorín o la muerte de un viajante

ALBERTO BLASI BRAMBILLA •

patías comunizantes, ha obtenido, según se dice, la concesión de varios canales de televisión para el interior del país, en sociedad con la firma norteamericana General Electric y tiene ya preparado y entregado a la misma mafia comunista su programa de trabajo.

Para completar el círculo de sus actividades, los críticos y sus "prestigios" se apoderan literalmente de todos los intelectuales de nota que vienen de visita a México procedentes de Europa y los Estados Unidos, como fue el caso, por ejemplo, de Shephen Spender, al que envolvieron en una barrera de actividades sociales realmente asfixiante —en los domicilios de sus simpatizantes con influencia y posición social— e impidieron todo contacto con el sector democrático de nuestras letras. Esas figuras se llevan así una visión parcial e inexacta de nuestra realidad cultural y constituyen posteriormente —con todo su gran prestigio y su enorme resonancia internacional— valiosos elementos de contacto y ayuda que los comunistas aprovechan sin dilación ni medida.

En el reciente congreso del PEN Club, celebrado en los Estados Unidos, los escritores que representaron a México eran miembros de la mafia. Ahora, los comunistas preparan sus baterías para intervenir cuanto sea posible en el congreso de escritores latinoamericanos que ha de celebrarse en la capital mexicana el mes de marzo de 1967 y tienen virtualmente controlada la Sociedad Mexicana de Escritores, la cual usan como plataforma de lanzamiento para múltiples movimientos y maniobras. Hace poco arrojaron de ella, por haber organizado una exposición de testimonios de la condena de los escritores rusos Sinyavski y Daniel, a la escritora norteamericana June Cobb y al escritor argentino Luis Guillermo Piazza. Haciéndolos objeto de una campaña tal de calumnias y agresiones, que la señorita Cobb abandonó el país, después de intenso y desinteresado trabajo en beneficio de la Sociedad, desde que se fundó. ♦

**E**l mundo es paisaje. La vida, paisaje. Todo cabe en la descripción de algunos lugares en los que —¿cómo decirlo?— queda impresa nuestra huella, nuestra forma, nuestro propio yo acariciando ciertos contenidos vitales. Y España es más paisaje que otros. Porque es un estado del ánimo. Una entelequia que se corporiza fantasmalmente, y que el único hombre entre los miles de millones que han poblado el planeta que supo —o que pudo— comprender en forma cabal, fue José María Trinidad Martínez Ruiz, que tanto comprendió que el hombre, la vida y España son paisaje, que se reconoció en uno de los personajes de su primera novela —o, mejor dicho, dejó que éste lo eligiera— y se llamó a sí mismo Antonio Azorín, primero, y simplemente Azorín después.

¿Qué decir de Azorín? ¿Que fue un maestro de las letras españolas? Sería una ingenuidad imperdonable. ¿Que perteneció a la generación del 98? Sería una eyactitud histórica ridícula y superflua, puesto que ese tiempo, como cualquier otro, no hizo más que contenerlo, señalar su profunda dicotomía interior con la atemporalidad, una de sus evidentes virtudes cardinales. ¿Qué decir, entonces? ¿Que escribió cerca de cien libros? ¿Para qué? Al que haya leído un párrafo de Azorín, le bastará el mismo para conocerlo. Pero hemos dicho leído, no simplemente descifrado en letras, sílabas y palabras. Porque quien se enfrenta con algún capítulo de *La Ruta de Don Quijote*, por ejemplo, no lo traducirá ante sí mismo en términos castellanos, sino que de inmediato contemplará un paisaje con sus planicies, sus saliencias y sus colores. Fue un intrascritor. Algo que no se puede definir. Una cosa aparte de la literatura, porque

la literatura tiene principio, medio y fin, como todo, y la prosa de Azorín es una pequeña inmensidad, una poesía prosaica, una eterna minucia, algo muy serio jugando con algo muy poco serio. Es, en suma, la tranquilidad de la desazón, esa que se siente cuando los eternos temas se agitan en el hombre, y éste, rey y señor de su espíritu, deja para los demás su solución contingente.

En cierta medida, tuvo suerte. Si le hubiese tocado vivir en este mundo, al que perteneció en parte como diputado y como periodista, su prosa se hubiese destrozado, se hubiese fraccionado en mil pedazos diversos, se hubiese convertido en un átomo. Pero Azorín no vivió entre nosotros. Fue tan sutil que su materia evanescente se evaporó con presteza, así como estuvo presente en una forma intangible, intocable, durante su periplo terrenal.

Amó a la Argentina. Fue uno de los pocos que comprendió a Martín Fierro, con su espíritu hispano, con el saber que había obtenido por revelación, con el mundo a cuestas, con todo sus seres y estares. Lo comprendió sin pretender explicarlo, y por ello su obra es así: un camino llano, con llanas anfractuosidades en las que la sorpresa está dada por la condición silenciosa del canto.

Del canto, sí. Porque Azorín fue, sobre todas las cosas, por encima de cualquier otra manifestación, un poeta enorme, cuya poesía abarcó el cosmos en su totalidad. ¿Cuáles sus temas? Pues cualquiera. He aquí una cocina en una tahona, o un crucifijo colocado a la cabecera de un lecho. O una de esas calabacitas que entre nosotros se denominan mate; o quizás la contemplación de una tarde azul que para unos puede ser gris y para otros amarilla. La suprema vulgaridad de todo eso, fue la materia distintiva de Azorín. Hay que ser poeta para ver sonreír a un pedazo de hierro; hay que ser poeta para comprender —y sentir, junto a la comprensión— que una tuerca puede contener la historia moral de un hombre, hecha de vueltas y de

posiciones; o que en el desplazarse de un caracol, está contenida la ruta de todos los seres que poblaron el globo, incluyendo la de quienes marcaron rutas.

Ese fue el mérito principal de la literatura de Azorín, y hay que convenir que, en este sentido, Azorín fue único. Tomaba un hecho o un objeto aislado, cuya intrascendente minucia lo hubiese tornado en baladí para otro escritor menos avisado, y sobre él edificaba todo el edificio de la humanidad. Si hablaba de Guzmán el Bueno, le importaba más el color de la hebilla de su cinto, que todas las grandes historias que cuenta la Historia. Y tenía razón, puesto que lo universal es simplemente una suma bien hecha, sin errores aritméticos, de estas deliciosas nimiedades.

Después, su forma de decir el español. "*Curcubitáceamente, vale decir, con sendas calabacitas pirograbadas...*". Esa frase pertenece a su libro "*En Torno a José Hernández*". Quizás no se la hubiésemos perdonado a Góngora. Pero en Azorín era soberana. Descubría a cada momento el español, en especial el español antiguo, que en sus verbos tomaba giros tan modernos, que hubiesen sorprendido a los más audaces de nuestros días. Y la paz, también, la asequible paz de una belleza plena, lograda sin estridencias, íntima y recóndita, como que estaba constituida por elementos intangibles, a los que Azorín permaneció fiel —sin repetirse— durante toda su existencia.

Partió a la eternidad; y seguramente allí corrige las pruebas de otro libro, en el que ha de describir las excelencias del paisaje por el que viaja ahora, puesto que en el Cielo, como en todas partes, ha de ser un viajero incansable de la imaginación. "*Tengo la nostalgia de lo que no he visto nunca*", le escribió una vez, en carta al director de "*La Prensa*" de Buenos Aires, diario que fue generoso y magnífico con él, cuando tuvo su obligado exilio en París. Pero se equivocaba en esto único. Azorín lo vio todo, porque ver no es contemplar formas,



sino comprenderlas. Y eso no se hace, naturalmente, con los ojos.

Puede ser, además, que haya descubierto otros personajes en el Paraíso. No será, de seguro, San Pedro, ni los ángeles imponentes que andan ensordeciendo con trompetas. Ha de ser un humilde justo; un justo tan justo que no se atreve —por humildad— a mirar la gloria resplandeciente del Eterno.

# ● CINCUENTENARIO DE ALMAFUERTE

No podemos dejar pasar de largo el cincuentenario de Pedro B. Palacios, autodenominado "*Almafuerte*", cincuentenario mucho menos publicitado de lo que fuera de esperarse.

Almafuerte fue un hombre de cierta originalidad vulgar, y de una inocultable ramplonería literaria. Aciertos parciales de sus versos, no alcanzan a conferirle lo que, en términos generales, podría calificarse como un decoroso nivel medio de literatura. Como poeta anduvo insultando toda la vida, y creyendo que la euforia por ciertos niveles bajos del vivir es deseo de redención de los mismos. Tenía gestos histéricos que llegaron a conmover a otros insatisfechos, y eso, naturalmente, le creó cierta aureola. Como la noche, en el Teatro Argentino de La Plata, en la que leyó su "*Apóstrofe*" al Kaiser Guillermo. O como sus "*Milongas Clásicas*", increíbles epítomes en verso, en los que llegó hasta a aconsejar la forma de bañarse y la de secarse el cuerpo, después del baño. Pero no hay que negar que Almafuerte sabía versificar y dominaba con soltura el *ars poética*. El *ars*, que no la ciencia, que no le fue concedida en ninguna de sus versiones. Como no era demasiado trabajador, vivía de préstamos indevolvíbles; pero también ejerció el magisterio, para el que no tenía título, ni condiciones, ni preparación, y se creía un gran pedagogo porque sus alumnos le cebaban mate en rueda redonda y charlaban con él. Es decir, que vivían en

perpetuo recreo, o en horas no-programáticas, como se dice ahora.

Insultó a los hombres, porque les tenía miedo; insultó a Dios porque no supo temerle. Y como los actores de circo son una válvula para quienes quieren ver bajar el pulgar con frecuencia, gustó. Pero no nos equivoquemos: fue un *catch-as-can* literario, que sirvió como válvula de escape de la gente, y no fue más que eso. Algunas páginas son saludables: tal los "*Sonetos Medicinales*" que aconsejan tesón y constancia; no así los otros que adoctrinan que las calaveras deben rodar por el suelo preconizando venganza.

Pero Almafuerte vivirá. Vivirá mientras existan calles de pueblos sin nombre todavía, y Concejos Deliberantes preocupadísimos por bautizarlas; vivirá mientras se hagan tiradas enormes de libros pequeños, y mientras el Código de Procedimientos no prohíba las deposiciones de los testigos de la vida que no saben observarla.

# ● CIRO ALEGRIA

¡Qué distinto fue *Ciro Alegria*, el autor de "*El Mundo es Ancho y Ajeno*", peruano de tendencia universal, que nació a la vida de la literatura en 1941, cuando apareció su novela, y que acaba de desaparecer! Pero la gente no tiene ninguna obligación de ser igual entre sí —por el contrario— y, naturalmente, tampoco los escritores. Según muchos críticos, *Ciro Alegria* fue el mejor de los novelistas contemporáneos del Perú, e indudablemente, uno de los descubridores de sus atisbos folklóricos. *La serpiente de oro*, por ejemplo, novela de 1935, lo muestra preocupado por el sorprendente mundo de supersticiones y de endechas que se vivía en su patria. *La Vorágine*, por su parte, muestra las brutalidades cometidas en algunos sitios del interior peruano, en esa vida rebelde y fatigada de los más desamparados hombres. En *El Mundo es Ancho y Ajeno*, la acción se sitúa, paradójicamente, en Rumi, apenas una aldehuela, pero que

encierra todo el drama de la tierra y, si analizamos con minucia, todo el drama de América. Es la historia de un terrateniente que, por anhelo de dominio material, ahoga cuerpos, posesiones y espíritus de los hombres a quienes gobierna. Esa trama simple —la de la conquista del oro— brinda materia a Alegría para hacer desfilar toda la vida americana; entre la que sobresalen los usos, costumbres y supersticiones. Una verdadera crónica real del Perú. Y ya se sabe que el escritor que llega a consustanciarse con un lugar, es el verdaderamente universal.

#### • SADE FILIAL OESTE

Se ha fundado la Filial Oeste de la Sade. La preside la escritora Irma Cairolí. Hasta ella llegamos con nuestro *Panorama Literario*, para acercar esa nueva entidad a nuestros lectores. Le preguntamos:

—¿Cuál es la función y los objetivos de la nueva entidad?

—La zona del oeste, que comprende los partidos de Morón, la Matanza, Merlo y Moreno, ha conseguido nuclear a los escritores que residen en la región y que en su mayoría no pertenecían a la SADE. Cumplido satisfactoriamente este primer objetivo, comenzamos con los demás: dar a cada uno la oportunidad de difundir su obra, defendiendo sus derechos y desarrollando un vasto plan de cultura.

—¿Cree que esa zona es rica en posibilidades literarias, temáticas y humanas?

—Las mismas ya están probadas con el caudal literario que lleva aportado a la literatura nacional, con su belleza, tradición y fisonomía definidas en el panorama social y artístico.

—¿Cuáles son sus actividades literarias personales?

—Muy disminuidas por la absorbente preocupación que demanda la nueva Filial. No obstante ello, este año aparecerá mi novela *Teresa Panza en Buenos Aires*; he concluido a fines del año pasado un ensayo titulado *El Pensamiento*

*Revolucionario de Mariano Moreno* y estoy preparando un ensayo sobre la personalidad crítica del profesor Battistessa. Tengo casi terminada otra novela, y continúo con la sección literaria del diario "*La Capital*" de Mar del Plata; realizaré varias disertaciones por Radio Nacional y algunas presentaciones de libros.

#### • ALDO BRANCA

Murió Aldo Branca. Muchos de los lectores de "*Estudios*" lo recordarán, puesto que se desempeñó en revistas afines con la letra y el espíritu de la nuestra. Fue un escritor, que escribía como quien lanzaba flechas. Breve y definitivo. Su prosa fue esencialmente aforística, puesto que sentía que el tiempo se le escapaba de entre las manos, y hubiese querido condensar en una frase de cuatro o cinco palabras, todo el rico mensaje que traía. El periodismo, ese pulpo tentacular, lo absorbió, lo atrajo golosamente para sí, y ya no lo dejó nunca más. Es seguro que con sus frases breves —él le llamaba bolos— sucede lo mismo que con las coplas de Machado: alguien las recuerda sin saber, a veces, siquiera su autor. Y eso es un autor; eso es un periodista-escritor. Está bien que sea así. Su mismo nombre —Aldo Branca— tiene una sonoridad propicia para ser repetida, como si por sí mismo tuviese significado. Era un poeta, irónico, fino, melancólico. Fue, además y por sobre todas las cosas, un hombre. Un hombre que se llamó Aldo Branca. Y cuyos libros se llamaron *El viejo pirata inglés* y *Desarmemos el engranaje*.

#### • DOS EPOCAS

Como colofón de nuestro *Panorama Literario* de este mes, un poema. Es del libro *Dos Epocas*, reciente poemario de Encio Acerbi, en el que existe una tendencia virgiliana, una cantata de elementos esenciales, y una clara y predominante acepción de términos en su sentir humano. Es mucho decir todo eso.



Y nos hace comprender por qué el libro obtuvo la Faja de Honor de la Sociedad de Escritores de la Provincia. Pero leamos el poema, que se titula *Canción* y que pertenece a la primera época: "Es inútil la bulla temprana / del gorrión aturcido en volver / me doblaron el alma de a bloque / me taparon la pampa y la sed. / Cuando viene jugoso de verde / con cardales pulposos de grey, / y mugido de toro sedeno / que era cosa de siempre crecer, / con la frente torneada por vinchas / y un celoso galope la sien, / cuando vine con sal de potrillo / aquel día perdí mi niñez. / Era un gajo de triste cogollo / un pichón sin el peso de ley. / Volé corto. Las alas del pueblo / me tendieron nidal con doblez. / ¡Qué distinta la guerra del trigo / la inocente mirada del buey, / y la pulla del sol en la loma / cuando empieza la noche a ceder! / Y aquí estoy, la mitad pueblerino / y la otra pidiendo volver. / He debido querer a su tiempo / sin que puedan voltearme la sed, / porque busco de firme otra cosa: he ganado el amor de mujer / y la brasa del hombre en el pecho / que me quema derecho y revés". ♦

## sofía acosta poemas del agua

J. H. CIBILS ●

**E**L RIO es dios, el demiurgo. Es la vida, la belleza, grandeza lujuriente que se da a la tierra seca, que adquiere así, su ser. Se da mientras viaja hacia el mar, donde se dará completamente. Es grande pero no terrible; hay varios aspectos de suavidad y ternura (Sofía es mujer) en "Noche y río". En "El Paraná" (pp. 14-15) Sofía ve el río a través de su problemática, lo ve Dios y lo adora, lo ve VIDA y se entrega a él, se arroja a su agua y quiere ser río

y camalote, dejar sus pedazos en los islotes, "o ser girón azul y coronar la cresta" ("Simil", pág. 13).

Dos aspectos, vemos, subjetivo y objetivo: el río, el río Paraná aquí y su vida-río.

Porque Sofía tiene vocación de río; es un río. Sofía va hacia el mar, en búsqueda continua, andar continuo. Se transforma en camalote sobre el río y también en río.

Aspira a darse como el río "quiso ser frescura de sediento", su vocación es de entrega, pero ésta es mucho más pretérita que actual, es la entrega al MAR, meta FINAL de su búsqueda, ideal motor, "estrella".

Pero Sofía no es un arroyo, es un río Paraná, casi torrentoso a veces. Su búsqueda del mar es una imperiosa necesidad del espíritu y es la razón de su vida.

El MAR es inmenso, universal y cósmico.

El destino de Sofía es único y altísimo. Y debe buscarse continuamente andando.

No es posible detenerse en la orilla a conversar con la gente. Se la mira desde afuera, se escucha el canto de una madre, y a lo sumo quedar "a su arrullo unos instantes como un pequeñuelo vencido de sueños", para seguir después.

Sofía está sola.

Pero hay otra soledad, oscura, de algo o alguien que ha llenado un momento su vida y después se fue. Sobre eso Sofía habla en tercera persona, pero no se sabe si es "él" o "ella". Lo hace en: "Cual millares auténticas gotas", "Arbol de río", "Mí río", "Explicación" y ocultas alusiones en otros.

¿Qué es eso que se ha ido?

Es, en primer lugar, un estado de ánimo, luego confuso y múltiple.

Hay gran parte, creo, de amor humano, un amor grande que se extraña, pero al hablarnos de "ciclo renovado", en "Arbol de Río", advertimos que se trata también de momentos de plenitud que se van y vuelven renovadamente.

Momentos de alegría, éxito, confianza, en contraposición con la angustia.